



**Los ecos del primer canto.
El diario de viajes de Lucio V. Mansilla
y las relaciones intertextuales con su obra posterior**
Ma. Laura Pérez Gras

“He sido, como ustedes saben, uno de los argentinos más glotones en materia de viajes.”

Lucio V. Mansilla, “En las pirámides”

El manuscrito inédito

El hallazgo del diario de viajes—presuntamente extraviado—de Lucio Victorio Mansilla, olvidado entre los papeles familiares de uno de sus herederos, es una novedad en el mundo de las letras.¹ En este momento, se encuentra en ciernes una edición crítica del diario, a cargo de un equipo de investigación, del que formo parte, bajo la dirección de la Dra. María Rosa Lojo.²

El manuscrito relata la crónica del primer viaje de Lucio V. Mansilla (1831-1913), escritor, militar y diplomático, hijo del Coronel Lucio Norberto Mansilla y de Agustina Ortiz de Rosas, hermana del “Restaurador.” Su obra más conocida es *Una excursión a los indios ranqueles* (1870). También son importantes sus *Cause series* (1889-90), consideradas un clásico del relato conversacional.

El diario fue escrito entre los años 1850 y 1851, durante el viaje que Mansilla realizó de Buenos Aires a la India, Egipto y Europa. Inferimos que se trata del primer cuaderno de un total de dos, ya que el viaje fue más extenso de lo que figura en él, y que el segundo realmente se ha perdido. En esta parte inicial, el joven Lucio—tenía entonces 18 años—describe día por día la partida de Buenos Aires, el 25 de agosto de 1850, el cruce del océano Atlántico a bordo de la embarcación Huma, el desembarco en Calcuta, su vida social en la exótica ciudad, las aventuras por el interior de la India: en Chandernagor—actual Chandannagar— y Madrás, la travesía por el Mar Rojo de Adén a Suez, la interminable caravana hasta el Cairo, la visita a las pirámides y el paso por algunas de las principales ciudades de Italia (cfr. Apéndice). Florencia es el último destino mencionado en el manuscrito, el 18 de abril de 1851, pero sabemos, gracias a los escritos

posteriores de Mansilla, que el viaje por Europa no terminó allí. Sus *Causeries de los Jueves* nos hablan de que después de Italia pasó por París, Londres, Edimburgo, y regresó a la capital británica en busca de tranquilidad.³ El recorrido completo duró poco menos de un año y medio. Lucio abandonó abruptamente su exilio, temeroso por el futuro de su familia, debido a los rumores acerca de la probable caída de Rosas. Acababa de cumplir los veinte años cuando desembarcó en Buenos Aires, en diciembre de 1851, vestido según la última moda europea. Y aunque pareciera que la experiencia no lo hubiera modificado más allá de su flamante apariencia de hombre cosmopolita, las vivencias de este viaje iniciático lo marcarían por el resto de su vida y se convertirían en fuente inagotable de anécdotas, reflexiones, puntos de vista y comparaciones que nutrirían casi toda su obra posterior, siempre autobiográfica, intimista y coloquial.

Es importante aclarar que este descubrimiento incluye otro manuscrito: la transcripción incompleta del diario de viajes, que no difiere mucho del original y evidencia las intenciones de Mansilla de mejorarlo y hacerlo público, aunque estuviera destinado a su padre. En rigor, el original no tiene ninguna marca de un destinatario concreto; en cambio, en la transcripción, el relato del viaje se inicia en la tercera página porque Mansilla añade un largo párrafo dedicado al Coronel Lucio Norberto, su padre—“Tatita,” como lo llama desde la infancia—, que abarca las primeras dos páginas:

Mi querido Tatita: No solo por cumplir con una recomendación de Ud. y llenar un deber, como es, pasar mis horas de ocio en algun egercicio agradable é instructivo es que me propusé llevar un diario durante mis viages; sino con la idea de yo mismo tener algun dia una memoria de ellas mas primitiva é indeleble que la que puedo conservar en mi imaginación, cuando llegue á la edad en que las facultades intelectuales parecen debilitarse á medida que la fuerza fisica falta al hombre y edad en la que el recuerdo de las dulces impresiones recibidas en la juventud llenan el corazon de inefable contento y satisfaccion. Mi primera idea al comenzarlo fué de enviárselo á Ud y hoi al someterlo á su buen juicio, solo tengo el sentimiento de que no sea una cosa bastante digna de ocupar su atencion; sin embargo espero S^r. que Ud será indulgente y franco con su humilde hijo, que al ocuparse de este pequeño trabajo no ha estado poseido sino de la mejor voluntad y deseo de agradar á un padre tan digno de emulacion y respeto como Ud. *LVM*⁴

El temor del joven viajero de haber escrito algo poco digno del interés de su padre refleja la temprana intuición del escritor que, al pasar en limpio el manuscrito, toma conciencia de lo que repetiría, muchos años más tarde, en el comienzo del relato “Recuerdos de Egipto”:

Han pasado doce años, y he perdido mis libros y mi cartera de viaje, salvando apenas algunas páginas incompletas de un diario insulso é imperfecto, como todo aquello que es obra de la juventud,—que sin estar preparada por el estudio y la instruccion lánzase prematuramente á correr el mundo. (257)

Sabemos que esta segunda versión está incompleta porque el manuscrito original abarca un cuaderno de 250 páginas, con pocas hojas recortadas y perdidas; en cambio, la transcripción se interrumpe en la 90: desde la primera hasta la 82^a se encuentran en un mismo cuaderno; luego, el texto continúa en hojas sueltas numeradas del 1 al 8, aunque la octava hoja ya aparece completamente en blanco.

Es muy probable que Mansilla abortara el emprendimiento de transcribirlo por considerar que el texto carecía de valor literario. En ese momento, no era factible estimar la importancia que hoy le damos a este diario, su *opus primum*, por el sinfín de relaciones intertextuales que pueden establecerse con el resto de su obra.

Otra referencia directa de Mansilla a este manuscrito aparece en la *causerie* “En las pirámides de Egipto” y dice: “‘Cheops,’ leo en mi libro de viaje en la fecha marzo 14 de 1851” (18). Hemos comprobado que, efectivamente, en el diario aparece, en esa fecha, el breve relato del ascenso a la pirámide, la misma anécdota que en la *causerie* se desarrolla hasta los más pintorescos detalles. Esta mención concreta nos da la certeza de que, después de más de diez años de haberlo escrito, Mansilla aún tiene a mano al menos el primer cuaderno de su diario de viajes y que su relectura le resulta valiosa como fuente de inspiración y de datos fidedignos—que allí se resguardan de los tropiezos de la memoria—para muchos de sus escritos.

En este trabajo, nos proponemos superar el vacío, tanto bibliográfico como documental, que denuncia Axel Gasquet en su libro de ensayos *Oriente al Sur. El orientalismo literario argentino de Esteban Echeverría a Roberto Arlt* cuando escribe, refiriéndose a Mansilla:

[. . .] hasta la fecha, ningún estudio monográfico indagó sobre el impacto que la formadora experiencia oriental ha tenido sobre su biografía, su psicología y su obra. (104) [. . .] El testimonio de Mansilla sobre su periplo oriental podría haber sido más abultado de no haberse producido la lamentable pérdida de sus notas de viaje, durante su estancia y exilio en Paraná. La escasez de este *corpus* no coincide con la huella persistente dejada por la aventura oriental en su autor. (110)

Nuestro objetivo es analizar la importancia de este diario de viajes—recuperado después de más de ciento cincuenta años de invisibilidad—como hipotexto de muchos de los escritos posteriores de Mansilla y como documento que da fe acerca de la experiencia iniciática que definió el camino que seguiría el joven escritor en la construcción de su personalidad y de su obra.

Un pionero en Oriente

Los viajes a Oriente eran excepcionales para la sociedad criolla decimonónica. Los argentinos que llegaron a pasar por el Levante lo hicieron como una escala extraordinaria en sus recorridos por Europa, que era el destino tradicional. Mansilla fue el primer escritor argentino en llegar hasta la India. Y este fue su primer destino. También fue el primero en recorrer extensamente esa parte del globo y documentarlo por escrito. De esta manera, inauguró el relato de viaje por Oriente, le dio autonomía y un lugar en las letras

argentinas. Incluso, Mansilla fue un pionero en escalar, hasta cierta altura, algunos picos del Himalaya.

En rigor, Sarmiento ya había llegado a un destino tan exótico para la época como era Argelia y fue el primero en hacerlo. Sin embargo, las motivaciones de ambos viajeros fueron fundamentalmente distintas y esto repercutió en el tipo de testimonio que cada uno nos dejó. Sarmiento había manifestado su concepción de Oriente en el *Facundo*, escrito en 1845, al comparar la barbarie del beduino con la de nuestros gauchos y establecer un paralelo entre los dos desiertos. Pero viajaría a Argelia recién a fines de 1846, como una escapada ocasional en medio de su recorrido de tres años por Europa, desde 1845 hasta 1848. El sanjuanino ya tenía una serie de prejuicios sistematizados antes de ir a “verificarlos” *in situ*. En cambio, Mansilla no llevaba ningún tipo de información previa acerca de lo que vería en tierras tan lejanas, ni tampoco buscaba elaborar una reflexión acerca de aquellos países que llegara más allá de la nota de color o la anécdota.

No obstante, como se ve en el análisis detallado que haremos a continuación, Mansilla no puede dejar de formarse una visión del otro a lo largo de su viaje, ni tampoco evitar opiniones notablemente condicionadas por sus raíces. Por otra parte, y así lo sostiene Carrizo Rueda en su *Poética del relato de viajes*, este género narrativo-descriptivo suele encerrar un mensaje de interés social. El contexto histórico, político y socio-económico resulta ser más relevante que lo que les sucede a los personajes, que puede quedar en un segundo plano. Además, la visión de los lugares recorridos siempre se construye a partir de lo conocido: el universo propio.

En los relatos de viajes—que se pueden encontrar imbricados dentro de una crónica, una novela o una *causerie*—el escritor habla siempre de su mundo, de su tiempo y de su clase social. Las reflexiones acerca de lo que se ve y se oye manifiestan el yo del viajero, su mundo de preconcepciones y su bagaje personal: familia, patria, educación, imaginario y cultura; por este motivo, remiten al sentir colectivo de una clase que elige leer estos textos porque se encuentra reflejada en ellos. Para David Viñas esta pertenencia a una élite se puede apreciar claramente en las dedicatorias hechas por Mansilla—siempre ubicadas al comienzo de cada *causerie*—a muchos de los personajes de la sociedad de entonces, con tanto o mayor protagonismo que el mismo Mansilla.

Los ecos del primer canto

De todos los escritos de Lucio V. Mansilla, podemos nombrar un número importante que se nutrió de manera directa de las experiencias vividas en su primer viaje. Por este motivo, el manuscrito se nos presenta como una caja de resonancia cuyos ecos han vibrado de múltiples maneras.

En primer lugar, nos referiremos a la *causerie* “¿Porqué . . . ?” (*Entre Nos* 20-62), ya que trata acerca de las circunstancias que llevaron a Mansilla a realizar un viaje tan prolongado con destinos tan remotos. El texto, dirigido al Dr. Carlos Pellegrini, se dilata en extensas digresiones durante cinco jueves con el evidente propósito de generar expectativa en el lector antes de revelar los verdaderos motivos del prematuro exilio. Tanto Mansilla como su más reconocido biógrafo, Enrique Popolizio, coinciden en

afirmar que se debió a un voraz despertar intelectual, que lo llevó a leer todo tipo de libros, entre los que se encontraba el *Contrato Social* de Rousseau (Popolizio 49-56). Su padre lo encontró in fraganti embebido en su lectura y faltando a algunas obligaciones laborales. Lucio se había ido a vivir con él y trabajaba por disposición suya en uno de los saladeros de la familia, ubicado entre Ramallo y San Nicolás. En secreto, le sacaba libros y cartas personales de la biblioteca.

Yo, sin que mi padre lo sospechara, me llevaba al saladero cuantos libros y cartas de éstos podía, y me daba mis panzadas de lectura, como si cometiera algún pecado. Mi padre no me hablaba sino del negocio y tenía ciertos aforismos como éste: “En este país, todo hombre previsor debe tener panadería u horno de ladrillos.” (30)

Lucio temía que la reprimenda le llegara por no haber pedido el permiso correspondiente para leer los libros y, sobre todo, las cartas. Sin embargo, la preocupación creciente del Coronel Mansilla se debía a que su hijo no podría seguir viviendo en la Argentina bajo el gobierno de Rosas, nada más ni menos que su propio tío, si leía libros como aquellos. Por este motivo, tomó la decisión de enviarlo lo más lejos posible, con la esperanza de que regresara saciado de conocimiento y con una buena predisposición para el trabajo. Como sabemos, ninguna de las dos cosas ocurrió. Mansilla fue un ávido lector durante toda su vida y esto lo llevó a desarrollar el gusto por el oficio de escribir. Por otra parte, siguió viajando hasta el final de sus días.

No queremos dejar de mencionar que su biografía hace referencia a algunos amoríos nada convenientes con Pepita, una modista de sombreros francesa (Popolizio 41-48). Mansilla se encarga de minimizar las consecuencias de este romance de juventud, ocurrido un año antes de ir a vivir con su padre. Sin embargo, se conoce que fue un amor tan impulsivo como censurado por la familia, sobre todo, por doña Agustina Ortiz de Rosas, su madre. A pesar de la oposición, los dos jóvenes de dieciséis años planearon huir a Montevideo para casarse y vivir allí en secreto. Pero fueron interceptados cuando la ballenera en la que cruzarían el río estaba a punto de zarpar. A partir de entonces, Lucio fue enviado a vivir en la estancia de su tío don Gervasio.

Pasados los meses, todos creyeron que su pasión por Pepita se había adormecido, motivo por el cual le permitieron regresar a la casa. Pero cuando Lucio se enteró de que la joven había sido obligada a contraer matrimonio para salvaguardar su honor, se enfureció y quiso recuperarla. Fue entonces cuando doña Agustina lo envió a donde estaba asentado su padre.

El episodio en que el Coronel Mansilla lo sorprende leyendo textos disonantes con el régimen rosista, en su más profunda inocencia, ocurrió cuando Lucio tenía diecisiete años; pero, como consta en la primera entrada de su diario, no salió de viaje hasta el 25 de agosto de 1850: ya había cumplido los dieciocho años. Esta aclaración es necesaria ya que hemos leído en algunos ensayos que la fecha de inicio del viaje fue 1848 (Cfr. Gasquet, *Oriente al Sur* 110). Suponemos que la confusión surgió porque en varias fuentes se sostiene que Lucio todavía tenía diecisiete años cuando partió de Buenos Aires—nació en 1831—, sin tener en cuenta que su cumpleaños es el 23 diciembre (Cfr.

Lanuzza 5). Hasta el propio Mansilla, en algunas de sus *causeries*, dice que tenía diecisiete al comenzar el viaje, como veremos más abajo (Cfr. Horror 173). De todos modos, el hallazgo de su diario de viajes elimina cualquier duda al respecto.

En el manuscrito que estudiamos, no hay ni una sola alusión directa a los motivos del viaje; pero el tono melancólico, la reflexión tenazmente repetida de la importancia de recordar o amar a la familia por sobre todas las cosas y la angustia por la distancia impuesta a causa de silenciadas imprudencias son una constante y llegan a establecer una atmósfera, una monotonía difícil de quebrar, sobre todo a lo largo de las ciento veintidós páginas que ocupa la crónica de la travesía transatlántica hasta la India. Creemos que el tono general de esta parte del relato se debe al pesar que Mansilla sentía por saberse desterrado de su casa y de su patria. En ningún momento, se muestra entusiasmado por la aventura que está emprendiendo, ni ávido de nuevas experiencias. Por el contrario, lamenta la distancia con sus seres queridos y los malestares físicos—náuseas y dolores de cabeza—lo perturban de tal manera que a veces le impiden realizar lo único que parece disfrutar durante el viaje: leer libros y escribir en su diario.

Tras llegar a la India, el diario nos revela que este sentimiento no se ha desvanecido. Después de una extensa descripción de la ciudad de Calcuta y de las costumbres y usos de sus habitantes, Mansilla, mortificado por un futuro incierto, escribe:

Los días mas aciágos y tristes de [*sic*] vida los he pasado en Calcuta. Hoi hace mui cerca de seis meses que nada sé de mi madre, de mi padre y amigos. Jamas se ha pasado tanto tiempo sin que sepa de mi familia; mui cruel y agitado estado es la incertidumbre! Mi único consuelo es pensar en aquellas agradables horas que rodeado de todo lo que me era querido, he pasado, y que solo dios sabe si volveran. (167)

Ecos románticos, siniestros y anecdóticos

En segundo lugar, nos interesa analizar la relación entre el manuscrito y una secuencia de cuatro *causeries*: “En Chandernagor,” “El hombre de Chandernagor,” “La noche de Chandernagor” y “Los *canis anthus* de Chandernagor” (*Horror al vacío* 164-186), que relatan los sucesos de una misma noche.

En el diario de viajes, Mansilla relata su visita a Chandernagor en cuatro páginas: 150-153. Parte de Calcuta el 25 de enero de 1851 por la tarde y llega a las 12 de la noche. En la embarcación, reconoce a Mr. Eggers, a quien conoció en Buenos Aires, y pueden conversar en español. Pero, mientras recorre esta pequeña porción de la India que los ingleses les permitieron conservar a los franceses como colonia independiente, se encuentra con el gobernador de la región, M. Vignety, a quien conoce bien porque en el año 1840 éste fue secretario de la legación francesa en Buenos Aires y frecuentó a la familia Mansilla.

Precisamente, la secuencia de las cuatro *causeries* ya mencionadas relata en veintidós páginas este encuentro, que en el diario ocupa sólo cinco líneas. En la primera, titulada “En Chandernagor,” Mansilla confiesa su ignorancia de ese momento acerca de esta

“posesión francesa, en el corazón de la India, [. . .] sobre la margen izquierda del uno de los brazos del Ganges, el río Hoogly” (165). Entre digresiones y recuerdos que vuelven su prosa lenta y, a la vez, intrigante, nos anticipa lo que hizo tan singular aquella noche: “Y el hecho es también que ahí, en Chandernagor, yo he tenido la más extraordinaria sorpresa y pasado la noche más angustiada, noche de terror” (165). Nos aclara que lo irá contando por partes: comenzará por el episodio de la sorpresa. Cuando paseaba entre las casas y los hoteles del boscoso lugar, a la hora del crepúsculo, un hombre y una mujer lo reconocen desde una ventana y lo llaman por su nombre. Lucio no puede darse cuenta de quiénes son, aunque el rostro del hombre le resulta familiar. Pero se encuentra encandilado por los hermosos ojos negros de la mujer que lo acompaña. Recién en la segunda *causerie*, “El hombre de Chandernagor,” nos enteramos de que se trata de Vignety, gobernador del lugar. La mujer resulta ser la hermana, de quien Lucio queda absolutamente prendado y seguro de la reciprocidad de sus sentimientos, gracias a las sugestivas miradas de la dama.

El diálogo que se establece entre el francés y Mansilla nos interesa por ser revelador. Monsieur Vignety se sorprende de ver a Lucio en un lugar tan distante de su patria y lo interroga acerca de los motivos por los que había emprendido semejante viaje. Mansilla le contesta que ha venido para hacer un cargamento de mercaderías de la India y de la China, que luego venderá en Buenos Aires. De hecho, éste fue el motivo del viaje que dejaron trascender los Mansilla tanto en casa como en las antípodas, pero el cargamento nunca se llevó a cabo. Y Lucio intenta dar aquí una explicación al respecto:

Por el momento les diré que el cargamento no se hizo por la sencillísima razón de que, en vez de comprar mercaderías, que era mi encargo, compré placeres, me gasté toda la plata, que era unas veinte mil libras esterlinas. Eso sí, que como yo se lo explicaba muy bien a mi buen padre, las gasté como un caballero, dejando bien puesto mi nombre, por donde quiera que pasé, por la India, tanto que si no me mandan refuerzos, no sé cómo salgo del paso. (173)

Luego, con ironía, hace una advertencia a los padres en general, y un reproche indirecto a los suyos: “Y manden ustedes después muchachos de diecisiete años a la India a hacer cargamentos, como ya lo he dicho” (173).

La pareja de hermanos lo invita a cenar y, aunque Lucio se resiste al principio, hacen una comida frugal en la que Vignety manifiesta sus dudas acerca de que Lucio fuera un comerciante, sino más bien un hijo descarriado en el destierro. “Pero su benevolencia genial podía más que su espíritu de desconfianza” (174), explica el visitante, aliviado. Se retira temprano escoltado por un sirviente de la casa—el propio Lucio tenía seis indios a su servicio—porque debe cruzar el río y el bosque hasta su hotel. Pero esa noche no se puede dormir, preso del miedo producido por la oscuridad en aquel exótico paraje. Y el insomnio, mezclado con la excitación del recuerdo de los ojos de Mademoiselle Vignety, lo motiva a salir de su habitación y buscar la casa donde había cenado más temprano.

En la tercera parte del relato, “La noche de Chandernagor,” se detiene extensamente en describir el miedo que lo asaltó aquella noche cuando recorría solo la orilla de un brazo

del Ganges hacia la casa de Vignety. Se remonta a los miedos de la infancia y hace un análisis acerca de la vigencia de la pedagogía del terror, aplicada por nodrizas, criados, maestros y padres, tan presente en la literatura fantástica. Tenemos que pasar a la cuarta *causerie*, “Los *canis anthus* de Chandernagor,” para que la acción se desarrolle. El relato es moroso e hiperbólico. Todo el camino siente que una presencia lo acecha y lo retiene, impidiéndole avanzar. Hasta que otro peligro se presenta: Lucio es víctima de un terrorífico encuentro con perros o chacales típicos de la India—cuyo nombre científico es justamente *canis anthus*—: “Pude verlos mejor... serían unos cien, colocados en fila uno tras otro, como atados de sus colas peludas de zorro. [. . .] Me atacarán irremisiblemente, y son tantos que me devorarán” (185). Mansilla se envuelve en la capa del héroe que debe superar pruebas en medio de un territorio desconocido y desafiante, enfrentar bestias exóticas y feroces, en la bruma más espesa y la hora más oscura de la noche. Un vigilante aparece como el auxiliar mágico que resuelve felizmente el conflicto al ahuyentar a los chacales. Así, nuestro héroe logra llegar hasta la casa de su amada, quien lo espera, “shakespeareanamente,” pensativa en su balcón. Aquí aparece el estilo personal de Mansilla: un tono que se ubica entre la ironía y la confesión, que en ocasiones lo muestra vulnerable, y hasta expuesto a la ridiculez: al llegar a ver al objeto de su deseo, sin poder decirle una palabra, se desmaya, presa del cansancio físico y el agotamiento psicológico provocados por aquella noche de pesadilla. La imagen es grotesca: ha arrastrado una sábana enganchada en sus pantalones desde el cuarto del hotel hasta el balcón de Mademoiselle Vignety. Por este motivo, había estado sintiendo que alguien—en este caso, algo—lo perseguía y lo demoraba en su agitado andar por la selva. El miedo ha vencido al héroe: el relato de sus aventuras se ha transformado en una sátira menipea, donde el joven amante, hermoso y osado, resulta ser un medroso y atolondrado muchachito.

En el relato de viajes que nos ocupa, no se narran estos acontecimientos. Por ello, sólo gracias a este extenso relato, contenido en las cuatro *causeries* que analizamos, comprendemos el siguiente pasaje del manuscrito, prácticamente onírico, que Mansilla escribe antes de embarcar en Chandernagor de regreso a Calcuta:

Durante el día, cuando gracias al astro ardiente que ilumina el universo, se puede admirar la naturaleza estaciarse contemplando las esbeltas palmas la verdura del campo y ver en todas partes la mano del hacedor supremo, el corazón siente una especie de consuelo inesplicable y nuestra imaginación por menos poética que sea olvida los falaces placeres del mundo. Mas cuando la noche llega, cuando todo está oculto á nuestra vista, cuando no se escucha mas que el murmullo de las aguas ó el ligero rumor del viento, que agita los elevados árboles, produciendo un ruido que dá pavor, cuando solo se oyen los alaridos de los inteligentes perros o el rugido del algun otro animal ó el agorero cantar la tristeza que se apodera del alma de las nocturnas aves, es indefinible. El contraste, que se experimenta, solo puede compararse con el día y la noche, el primero, es hermoso, lleno de vida anuncia paz, porvenir, la segunda, parece decir, fin, eternidad—Es la hora de los muertos.

Cuantas veces despues de un sueño de placeres, de deleites imaginarios, la muerte nos abre las puertas de la eternidad—A cada momento estamos sujetos á morir; pero la noche tiene un no se qué de lugubre que nos recuerda que esta puede sorprendernos en su corta duracion. (152-153)

Las impresiones del joven Lucio, arrojado a las antípodas, inmerso en un mundo tan diferente del propio, no pueden evadirse de la presencia de la muerte: lo desconocido siempre encierra una amenaza. Aquí no hay lugar para el sello personal de humor que el escritor adulto sí logra imprimirles a los textos que rememoran esos momentos de la adolescencia, incluso a los que tratan las situaciones más intensas o dramáticas.

Ecoss de tierras sagradas

Un tercer ejemplo de la repercusión del diario de viajes de Mansilla en su obra posterior es el artículo “De Adén a Suez,” publicado en *El Plata científico y literario*, en 1855. El tono de este escrito es muy diferente al de las *causeries*, que todavía no estaban en los planes del autor. Aquí, la breve distancia temporal con el viaje no permite un gran cambio en el punto de vista, ni reflexiones desprendidas o superficiales. Por el contrario, el texto se nos presenta como la toma de conciencia acerca de las maravillas observadas por el inexperto viajero, como la revalorización de lo que la ignorancia no le permitió apreciar en ese momento. El tono es serio; Mansilla todavía no aspira a divertir a sus lectores. La información que provee es precisa y documentada.

A su vez, el relato original de la travesía por el Mar Rojo de Adén a Suez en el diario de viajes ocupa cinco páginas: 88-192. En este pasaje, Mansilla se muestra excepcionalmente interesado por lo que observa y la descripción de los lugares resulta más que referencial:

Aqui el viage se hace mui interesante, pues se tiene á un lado la Arabia feliz y al otro el Africa en cuyas costas se descubren; elevadas montañas de piedra y que cuando el sol refleja en ellas ofrecen la mas magnifica vista que pueda idearse. La falta de vegetación y el color oscuro de las esteriles piedras, parecen revelar lo ardiente del sol en aquellos climas—Poco despues cruzabamos el estrecho de Babelmandeb formado por el Cabo del mismo nombre y la pequeña isla de Perim.

Es tan angosto que se ven perfectamente ambas costas—Tiene 1 3/4 millas de ancho y puede llamarse la llave del Mar Rojo, en el que actualmente me hallo—A las 2 de la tarde pasamos frente á Moca que á favor de un antejo pude ver perfectamente; es una ciudad hermosa. (188-189)

Hoi pasamos frente al Monte Sinai. Un artista hubiera hecho un bosquejo de estas hermosas montañas pero su genio no hubiera podido imitar el colorido rojo oscuro de las esteriles piedras. El viage ahora es sumamente interesante y agradable, hai siempre en que distraerse, pues tenemos tierra á la vista y cada media hora un diferente paisaje. (192)

Estos breves fragmentos del diario más los imperfectos recuerdos de la experiencia en sí son todo el material con que Mansilla elabora “De Adén a Suez,” que abarca desde la página 85 hasta la 96, en formato de doble columna, en el tomo IV de la revista *El Plata científico y literario*. El subtítulo del texto reza: “Impresiones de viaje,” por lo que podemos anticipar que el autor no se dedica a narrar los sucesos de la travesía, sino a describir las huellas que esta singular experiencia iba dejando en él a medida que cruzaba el Mar Rojo, e intentar traducir al lenguaje verbal, con una alta conciencia estética, las imágenes de los paisajes que se desplegaban a ambos lados de la embarcación.

El artículo se divide en tres partes. La primera se refiere a la India como colonia inglesa y trata acerca del imperialismo británico. Una mentalidad fiel al concepto de progreso de la generación del ‘80 lleva a Mansilla a tomar esta situación de dominio como natural en un mundo en el que los “civilizados”—extranjeros o colonos—deben someter a los “bárbaros”—los indómitos musulmanes, porque su transformación es poco factible. Está claro que el mismo discurso generacional sustentó las expediciones al desierto argentino. Pero estas teorías no tenían otro objeto que la apropiación de territorios y rutas marítimas. En rigor, Mansilla explica que Adén es una pequeña península situada en el golfo homónimo al sudeste de Arabia y también colonizada por los ingleses. Su suelo no contiene riquezas, pero su ubicación geográfica, a la entrada del Mar Rojo, es estratégica para la dominación de los mares.

Como se puede apreciar por los repetidos encuentros de Mansilla con personas que ya lo conocían—o, al menos, a su familia—y lo distinguían de la multitud en un lugar tan remoto como la India, la colonia era una extensión de Occidente en muchos aspectos y las personalidades relevantes pertenecían a un mismo círculo cerrado y, paradójicamente, cosmopolita. Mansilla, en cierto modo, se sentía cómodo en Calcuta, entre los extranjeros que habitaban allí de manera temporal o permanente. La vida fastuosa y las actividades sociales le ocupaban el tiempo y lo ayudaban a evitar el aburrimiento y la melancolía. Se decide a salir de la ciudad y aventurarse al interior de la India gracias a la insistencia de otro viajero, James Foster Rodgers, un comerciante de Boston que se convierte en su compañero de viajes desde Calcuta hasta Inglaterra. No obstante, antes de llegar a Europa, destino preferido de los jóvenes criollos de clase alta, todavía visitará otro país único y tan exótico como la India: Egipto.

La segunda parte del artículo relata la navegación por el Mar Rojo. Los párrafos que describen los puertos y las ciudades de Adén, Moka y Suez, y los que reviven la visión del Monte Sinaí presentan el estilo característico del tardío romanticismo americano, que se encuentra mezclado con el cientificismo progresista propio del Siglo de las Luces. Se exalta la subjetividad de viajero en las descripciones, pero a la vez se dan precisiones geográficas a través de un lenguaje técnico y erudito. Un claro ejemplo es el pasaje que habla del Monte Sinaí: el autor cita el Génesis y, a continuación, nos remite a las teorías de Buffon y Humboldt. Más tarde se detiene en extensas descripciones sumamente estéticas para terminar en la transcripción de un pasaje del Éxodo y la exclamación de “¡Hosana! ¡Hosana!” (94) debido a la exaltación religiosa inspirada por la presencia del monte en cuya cima Dios promulgó el Decálogo a los judíos.

La tercera parte se refiere a Suez, lugar de paso hacia el Gran Cairo. La descripción del puerto de Suez parece extraída de un libro de geografía. Pero luego Mansilla nos aclara: “Allí fue donde las aguas del Mar Rojo, se dividieron para dar libre paso á los descendientes de Abraham y de Jacob” (94) y transcribe un extenso pasaje del Éxodo.

En el final de la tercera parte, menciona la plazoleta desde donde saldrán en carruajes y caravana hacia el Gran Cairo. Esta misma postal se retomará luego en “Recuerdos de Egipto” como punto de partida para ese relato, pero tiene sus raíces en el diario de viajes, como veremos luego.

Antes de partir, Mansilla distingue a un grupo de lugareños que los observan “acompañando sus miradas de águila, de esa indiferencia hija del desprecio que le inspira al mahometano todo aquello que no es musulmán” (96). La mirada del occidental que ve al oriental como inferior se encuentra aquí invertida de manera especular. Como sostiene Sofía Carrizo Rueda en su *Poética del Relato de Viajes*, esta es una característica esencial del género:

La aplicación al análisis de las leyes propias del género “relato de viaje” abre los accesos interpretativos que atraviesan e integran los distintos niveles del texto. En este caso hemos visto cómo elementos descriptivos, isotopías e intertextualidad están al servicio de una visión del “otro,” cuestión siempre presente en estos relatos. (45)

Las maneras de ver al otro y su mundo reflejan la visión que se tiene de uno mismo y de lo propio. En otras palabras, la mirada en el otro es el espejo de la propia imagen: Mansilla se siente despreciado por el mahometano porque en el fondo él es quien lo desprecia. La cuestión de la mirada podría analizarse como *leit motiv* a lo largo de todo el diario de viajes y de sus secuelas literarias. Pero este será el objeto de estudio de un próximo trabajo.

El final, especie de epílogo que manifiesta la capacidad retórica innata en Mansilla, prueba una vez más que la belleza del lugar y su cercanía con lo sagrado son las cualidades que hacen que merezca ser evocado: “¿Quereis tener una idea perfecta de la eternidad? Pues id á ver entrarse el sol en el desierto, y vereis el mas grandioso, el mas imponente, el mas solemne de todos los espectáculos de la naturaleza” (96).

Nos parece relevante señalar que este fue el primer texto de Mansilla editado y publicado, por encargo de Miguel Navarro Viola, director de la revista *El Plata científico y literario* en aquel momento. Nos interesa destacar particularmente que esta primera publicación no podía dejar de referirse a las vivencias en Oriente, ni de tener como punto de partida el diario de viajes que aquí analizamos.

Ecós de desiertos y tumbas

El cuarto texto que se nutre del manuscrito es “Recuerdos de Egipto,” que apareció en *La Revista de Buenos Aires*, en 1864. Está dividido en dos publicaciones y ambas se encuentran en el Tomo III: la primera tiene dos partes—pp. 257-271—; la segunda abarca desde la tercera parte hasta la novena—pp. 465-477. Aquí el relato se concentra en el cruce del

desierto que separa Suez del Cairo. Y, como señalamos antes, se inicia con la escena—descrita ya en el diario de viajes y en el artículo “De Adén a Suez”—en que los carruajes esperan a los viajeros alrededor de una plazoleta, listos para partir. Pero antes de la descripción de esta larga e incómoda travesía por tierras inhóspitas, que comienza recién en la segunda parte, Mansilla hará una serie de advertencias al lector, como suele hacer en su rol de *causeur*.

En el párrafo inicial, hace la referencia al manuscrito que tratamos y que fue señalada y citada en la primera parte de este trabajo. Lamenta la pérdida de la mayor parte de sus notas de viajes y aclara que tendrá que valerse, en parte, de su memoria y, en parte, de las “pájjinas incompletas de un diario insulso é imperfecto” (257).

A continuación y durante lo que queda de la primera parte, hace hincapié en que su ignorancia acerca de todo lo que veía lo limitaba en cuanto a lo que podía percibir y apreciar:

A los diez y ocho años, no viaja el hombre como filósofo, ni como observador, ni como sabio. Viaja únicamente como simple curioso, y el mundo se desliza ante sus ojos, sin decir nada, exactamente como las movibles vistas de un panorama.

Voy, pues, á referir sencillamente lo que ha visto, durante un mes de residencia en la tierra clásica de las esfíjjes; de los monstruos etiópícos y de las mómias seculares; en un país que no está en contacto con el nuestro, por cuya razon nos es casi desconocido. (259)

En la segunda parte, se inicia la descripción de los veinte carruajes que saldrán en caravana y cruzarán el desierto, escoltados por doscientos camellos y dromedarios que cargarán el equipaje necesario. Aquí, Mansilla dedica páginas enteras a este animal tan apto para el desierto como fiel y generoso para el hombre: da leche, cuero, carne, lana, y sirve para el transporte. También habla de los beduinos egipcios—“inofensivos, sobrios y morales” (261)—y de su jerarquía social encabezada por los *sheiks*. Hacia el final de la segunda parte, anuncia la apertura del Canal de Suez, que no ocurrirá hasta ocho años más tarde, y ya menciona al hombre que lo hará posible: Lesseps. Se detiene en elogiar la ciencia moderna y en ponderar los beneficios que el canal le traerá al comercio internacional, influido por la fe en el progreso característica de los hombres de su generación y pasando por alto que se trata de otro recurso de dominación de Occidente sobre Oriente:

Y todo esto, que va á obrar una revolución comercial en el mundo y en las condiciones sociales, de casi una mitad de la humanidad, no es sino el resultado de la ciencia de un hombre y del espíritu de asociación [. . .]
¡Qué tiempos tan portentosos alcanzamos! (271)

La segunda publicación comienza con la tercera parte. En el primer párrafo exhibe la experiencia de un ávido viajero para dejar en claro que tiene autoridad suficiente para declarar que nada se compara con el sentimiento de soledad que provoca un atardecer en

el desierto. La descripción del paisaje aparece interrumpida por fragmentos de otros textos, como suele suceder en su obra en general, sobre todo de poesía romántica: cita a Byron, a Echeverría. El recorrido de diez millas por el desierto hasta la primera estación se hace tortuoso. Mansilla relata cómo el grupo de viajeros que lo acompaña va sobrellevando las dificultades. La primera estación—habrá siete más a lo largo del camino—los sorprende agradablemente debido a la abundancia de comida y bebida con que se los recibe. Sin embargo, Mansilla se muestra indignado por los precios exorbitantes que debe pagar por todo. Se siente emboscado porque los viajeros tienen mucha hambre y sed pero a nadie se le permite comer ni beber de lo que traen consigo, sólo pueden hacerlo en los carruajes; por lo que se ven obligados a gastar una fortuna en lo que allí se vende.

A partir de la cuarta parte, no hace más que dar algunas pinceladas del paisaje, la escasa vegetación, las otras estaciones y sus impresiones del viaje. De hecho, tras firmar y fechar su escrito—Rojas, junio 21 de 1863—, Mansilla aclara en un *post scriptum* que no ha podido terminarlo como esperaba hacerlo: “En el momento de terminar estas plumadas el ejército recibe orden de moverse sobre Córdoba, de manera que no sé si podré cumplir el compromiso que he contraído de continuar. Es mas que probable” (477).

El hipotexto de “Recuerdos de Egipto” en el manuscrito de Mansilla abarca poco más de una página y refiere, de manera escueta pero precisa, lo siguiente:

– marzo 6 –

Hoy á las 2 de la mañana llegamos al gran Cairo habiendo atravesado el desierto en 16 horas—La distancia de Suez al Cairo es 56 millas, los carruages son pequeños é incomodos, y siendo mas de seis personas difícilmente, pueda uno moverse—son tirados por 4 caballos o mulas, hai quince postas, 3 de ellas estan provistas de fiambres, frutas y algunos refrescos, destinados para los pasajeros, para quienes despues de haber estado tres ó cuatro horas encajonado y recibiendo el mas infernal polvo, es una mansion agradable y llena de todo aquello que el buen gusto clasifica con el nombre de confort. La monotonía y tranquilidad que reina en esta desierta region no carece enteramente de alguna sublimidad—. (196-197)

El quinto y último escrito que nos interesa analizar en función de su intertextualidad con el diario de viajes de Mansilla es su *causerie* “En las pirámides de Egipto,” que narra principalmente la visita a Giza y el ascenso de nuestro viajero a la pirámide de Keops.

Aquí vuelve a remarcar su experiencia en materia de viajes y la variedad de vivencias que guarda en su memoria:

[. . .] he estado en cuatro de las cinco partes del mundo; he cruzado, sin el más mínimo accidente, catorce veces la línea equinoccial, y he visto entre ciudades y aldeas, más de dos mil, dándome hasta el placer de comprar, en un mercado de carne humana, una mujer, para decirle después de ser mi cosa propia, con sorpresa de todos los circundantes, excepto de mi

compañero de viaje James Foster Rodgers, que pagó la mitad del precio: “Eres libre, puedes hacer de tu cuerpo lo que quieras.” Y ¿saben ustedes lo que esta costilla nuestra hizo? Se vendió a sí misma; porque, según el truchimán explicó, prefería ser esclava algún tiempo, y no libre, sin tener qué comer, porque para hacerlo, tendría que traficar con su cuerpo, y era, según ella lo afirmaba, si no pura, honesta. (*Entre Nos* 12-13)

Este acontecimiento impresiona a Mansilla sobremanera pues continuará algunos párrafos—no sin interrupciones—describiendo el estado paupérrimo en que se encuentran estas mujeres esclavas.

Mansilla se aloja en el *Hôtel de Russie* en El Cairo. De allí parte a lomo de burro con su compañero de viajes y un *drogman* para cada uno. Estos hombres, que solían ser empleados por un consulado, hacían a la vez de guías e intérpretes pero también asistían en los trabajos domésticos, y sus servicios resultaban imprescindibles para los turistas. Es evidente por estos datos que el turismo en las pirámides era ya muy popular. En este caso, Lucio y James visitan el grupo de las de Giza porque son las más cercanas al Cairo y ascienden en particular a la más alta: la de Keops.

Para escribir sobre las pirámides, Mansilla se apoyará en dos textos. Uno es su propio diario de viajes, como explica en una de las más directas referencias que hace de él, y que ya citamos al comienzo de este trabajo. En él encontramos datos geográficos concretos, cifras y estadísticas acerca de las pirámides, descripciones detalladas. El otro le sirve para buscar la información que no anotó en el manuscrito y que su memoria no ha conservado: se trata de la obra del coronel Vyse, *The Pyramids of Ghizeh*.⁵ El *causeur* quiere darle una idea clara al lector acerca de la magnitud de lo que sus ojos de adolescente vieron en esa excursión pero sin abrumarlo con detalles: “Tengo barruntos de que todo esto, no lo entretiene mucho, que digamos, al lector. Me apresuro entonces a decir cómo están construidas las Pirámides” (20).

Cuando imagina la colosal tarea de construir semejante prodigio de la arquitectura y calcula la cantidad de esclavos que habrán sudado en la tarea, Mansilla exclama: “¡Ah, sin las agonías del pasado, no tendríamos la prosperidad del presente! Habrá siempre señores y esclavos, pobres y ricos, quien sufra y quien goce. Somos impotentes para hacer exclusivamente lo bueno” (20). Es evidente que el escritor sabe que pertenece al grupo de los privilegiados que pueden gozar de las “bondades” del progreso y conformarse con la manera en que las tareas se han repartido en el curso de la Historia.

Otro ejemplo de esta concepción del mundo es el modo en que los viajeros suben a la pirámide de Keops: transportados por tres o cuatro beduinos que los cargarán a lo largo de 183 metros escalonados de manera irregular—los doscientos tres escalones varían entre los 70 cm y el metro y medio de altura—en un plano inclinado de 51°. Sin embargo, será Lucio quien, tras describir el ascenso como una verdadera odisea para los turistas, se quejará: “Finalmente, llegamos maltrechos” (22), sin reparar en el trabajo inhumano y el cansancio de los beduinos.

En el final del texto, Mansilla demostrará una vez más que se reconoce como parte de una élite que goza de la “civilización” de la cultura occidental cuando, al llegar a la cima de la pirámide, un contingente norteamericano que ya descansaba allí recibe con algarabía a su compatriota James Foster Rodgers y Mansilla se siente incluido en la bienvenida por ser “americano”: “Allí nos encontramos con veinte y tres prójimos, rodeados de setenta y seis demonios que se habían quedado en el último escalón” (22). Y remarca su sentimiento de distancia con la cultura oriental al expresar descontento ante la presencia de un intruso en el grupo: “Entre nosotros los americanos—los veinticinco, ¡oh sorpresa, y oh contrariedad, descubrimos un musulmán” (23). Resultará luego ser un *yankee* disfrazado y eso aliviará la situación.

El 14 de marzo de 1851, como consta en su diario, fue el día en que Mansilla subió a la pirámide de Keops. Y en el manuscrito lo relata de la siguiente manera:

Tanto para subir al tope de la gran piramide como para entrar en su interior, es uno aucsiliado por 3 ó 4 esperimentados Bedouinarabes, que asisten a los viajeros tanto como les es posible sin esperar otro pago que aquella que estos buenamente querian darles como una gratificación una pequeña gratificacion.⁶ [. . .] Muchos viageros dicen mas os incomodan, los que os ayudan al subir; mas yo encuentro que sin ellos es mui difícil y cansado. [. . .]

La entrada en el interior es sumamente difícil sin el ausilio de uno ó dos Arabes que alumbran y dan la mano en los pasages donde es preciso Saltar—ó dejarse resbalar sentado, p^r ser sumamente inclinadas é imposible estar parado. En el centro y poco mas o menos a una altura de 200 pies hai un cuarto cuadrilargo que se dice ser la habitacion del viage y al lado derecho de la puerta entrada un gran sarcofago de granito—.

Las otras dos Pirámides son pocas veces visitadas por los viageros; pues su interior es casi igual al de la primera. Una de ellas es poco mas 100 pies alta—Inmediato esta una colosal Esfinge de piedra cuya altura es 60 pies; la mitad esta enterrada en la arena.

Una hermosa visita se disfruta de la cima de las piramides—verdaderamente el desierto ancho y esteril y el Nilo cuyas margenes estan sembradas de la mas bella vegetación forman un contraste *frappant*.⁷ (201-205)

La austera admiración expresada en estas líneas nos remite al cierre de la *causerie* que analizamos, donde Mansilla vuelve a recalcar que la ignorancia acerca de lo que veía no le permitió apreciarlo en su justa medida: “¡Respetables padres de familia!, permitidme daros un consejo: no mandéis vuestros hijos a viajar, [. . .]. Mandadlos recién cuando estén preparados para poder ver los cuarenta siglos de las pirámides de Egipto, sin ayuda de vecino, sin anteojos, con sus propios ojos” (25).

Y como si quisiera explicar la paradoja que lo persiguió a lo largo de su vida, sostiene:

La mejor nodriza es la patria. Solo ella nos da la estructura y el aliento necesario para aspirar con anchos pulmones el aire ambiente. Solo así podemos llegar algún día a ser hombres representativos de la tierra; mientras que, por más que parezca paradójico, los que se desenvuelven en el extranjero apenas realizan un tipo híbrido. (25)

Así lo demuestra Popolizio, en su biografía, cuando cuenta que no bien había bajado del barco, después de su viaje por Oriente y Europa, Mansilla ya despertaba la curiosidad de los que lo veían vestido a la europea, extravagante y sofisticado, pero sin haber perdido la informalidad y los modismos propios del porteño, después de un año y medio en el extranjero.

Quizá con la esperanza de superar esta contradicción tan característica del argentino, que quiere tener una identidad propia pero que no puede dejar de forjarla a partir de la imagen que la mirada del extranjero culto (europeos y norteamericanos) refleja de él, Mansilla será el autor de una de las obras más representativas del sentir criollo, “Una excursión a los indios ranqueles,” y también de los textos—analizados en este trabajo—que despliegan la mayor experiencia internacional de un escritor argentino en el siglo XIX, donde la mirada está puesta en los otros:

La cultura argentina nace del sentimiento de expatriación y del espíritu de frontera. Este factor determina una configuración espacial entre el adentro y el afuera de una identidad cultural bastante peculiar. Esta especial relación entre ambos espacios refuerza una suerte de nomadismo en los autores argentinos. (Gasquet, *Los escritores* 12)

De viajero inexperto a habilidoso *causeur*

Como se puede apreciar por lo expuesto, los diversos y breves episodios que se suceden en el diario a lo largo del viaje se encuentran posteriormente amplificados en relatos anecdóticos, siempre interrumpidos por extensas digresiones que no hacen más que mostrarnos las opiniones del escritor maduro sobre las remotas aventuras del adolescente.

Si el diario de viajes de Mansilla nos da la impresión de que, por inexperiencia o ignorancia, el joven escritor no podía apreciar la singularidad ni la belleza de lo que veía, en sus relatos posteriores desarrolla la capacidad de admirarse y detenerse, ya sea frente al Monte Sinaí o ante una esclava desnuda, aunque lo haga de manera superficial, sin un sustento ideológico ni un proyecto estético previamente delineados. Su pluma fluye ágil y liviana como la charla de un experto tertuliano.

Es necesario aclarar que la intencionalidad del escritor al retomar estas vivencias ha cambiado. Ya no le preocupan, como en su diario, las horas precisas en que los acontecimientos tienen lugar o los grados exactos de latitud y longitud en que se encuentra cada día dentro del vasto globo terráqueo. Tampoco le interesa especificar de qué lado vienen los vientos, ni aclarar que “nada particular ha ocurrido” durante un día determinado. Por el contrario, en sus relatos posteriores, se ufana de advertirle al lector: “No voy a describir ciudades, ni usos, ni costumbres, ni monumentos, ni a juzgar

instituciones, y mucho menos a referir aventuras” (“En las pirámides” 14). El escritor ya consolidado—como hijo del héroe de Obligado—dentro del círculo de patricios más selecto, diestro en el uso de la pluma y de la espada, como era característico de los hombres perteneciente a la generación del ‘80, sólo busca desplegar su experiencia de viajero: esa que lo distinguió desde la juventud como un privilegiado, incluso dentro de la élite a la que pertenecía; la misma que lo convirtió en un conversador cautivante y renombrado en todas las tertulias:

En Mansilla no observamos la búsqueda intelectual e inquieta que desvelaba a Sarmiento, quien pretendía edificar un aparato conceptual que justificara la empresa de colonización moral y material de la República Argentina. Mansilla, en forma tácita, da por cumplida esta etapa de construcción ideológica del programa liberal. La interioriza, la hace propia, de modo intuitivo y singular, declinada según una personalidad narcisista y excéntrica. (Gasquet, *Oriente al Sur* 105)

[. . .] al mismo tiempo seduce y habla para seducir: recuerda y cuenta, su público es de pares [. . .] juega y está por encima, se autoironiza y con todo eso da una imagen de sí mismo, tramposa y llena de encanto; el poder de la evocación graciosa es un atributo más del dandy en una época en que el dandysmo es la cultura misma, la civilización misma. (Jitrik 54)

Es indudable: Mansilla sabe que debe satisfacer cierta demanda y plantea su juego a partir de la imagen que su público se ha ido formando de él. (Viñas 156)

El primer viaje de Mansilla fue decisivo en la construcción de esta imagen. Le dio al personaje político y militar, pero sobre todo al escritor, el encanto propio de los que han visto lo que otros sólo han podido imaginar. La importancia de este diario de viajes, escrito durante un largo exilio, radica en su poder documental: es el primer paso en la vida literaria de Mansilla y también el primer testimonio de una serie de viajes por el mundo que no tendrá un final voluntario, pues la muerte detendrá a nuestro viajero en París, en 1913. Como queda demostrado aquí, este manuscrito constituye, ante todo, una fuente inagotable de ecos que resonarán cada vez que un lector ponga los ojos en algunos de los textos mansillanos para perderse entre mares, desiertos, aldeas y pirámides, con el sabor de la pampa en la boca y la irresponsable magnificencia de quien viaja acompañado de un baúl con veinte mil libras esterlinas.

UNIVERSIDAD DEL SALVADOR

Notas

- ¹ El Dr. Luis Bollaert, tataranieto del escritor, ha tenido la gentileza y lucidez de acercarnos el texto para que realicemos una lectura especializada de su contenido y lo divulguemos a través de los medios idóneos.
- ² El manuscrito con prólogo y notas será publicado por la editorial europea Iberoamericana-Vervuert. El trabajo de investigación se realiza bajo la dirección de la Dra. Lojo en el Instituto de Investigaciones Lingüísticas y Literarias de la Universidad del Salvador, en el marco de un PIP (Proyecto de Investigación Plurianual) otorgado por el CONICET en el año 2005. De este mismo proyecto, nació la edición crítica de una obra de la hermana de Lucio, que ya circula por universidades y bibliotecas: Eduarda Mansilla. *Lucía Miranda* (1860). Edición, introd. y notas de María Rosa Lojo, con la colaboración de Marina Guidotti (asistente de dirección), Hebe Molina, Claudia Pelossi, María Laura Pérez Gras y Silvia Vallejo. Madrid: Iberoamericana – Frankfurt am Main: Vervuert, 2007.
- ³ El término *causerie* viene del verbo francés *causer*, que significa “conversar.” Aquí se emplea para denominar el género intimista y coloquial que Mansilla cultivó y publicó como folletín de los jueves en *Sud América*, desde el 16 de agosto de 1888 hasta el 28 de agosto de 1890. Eventualmente, sus *causeries* también se publicaron otros días de la semana y, de manera excepcional, en otros medios gráficos como *La Tribuna Nacional* y *Figaro*. Entre 1889 y 1890, Mansilla compiló ochenta y cinco charlas en cinco volúmenes con el título *Entre-nos. Causeries del jueves*.
- ⁴ En esta y todas las citas se respetan las grafías del original.
- ⁵ Vyse, Richard William Howard. *Operations carried on at the Pyramids of Ghizeh in 1837*. Londres: James Fraser, 1839-1842.
- ⁶ Bedouinarabes. Esta palabra no existe en español. Se refiere a los beduinos: “árabes nómadas que viven en el desierto de Arabia o en otros países.” (Moliner, 361)
- ⁷ Frappant. “Impactante” en francés (la traducción es mía).

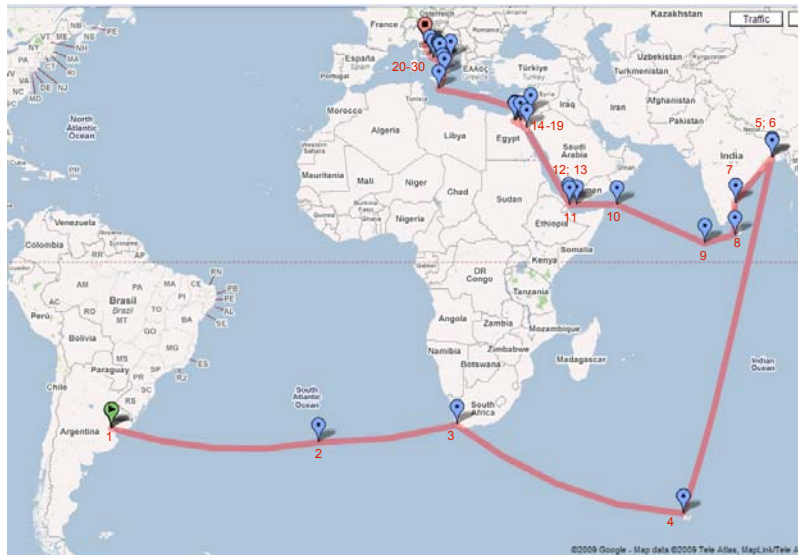
Obras citadas

- Carrizo Rueda, Sofia. *Poética del relato de viajes*. Kassel: Edition Reichenberger, 1997.
- Gasquet, Axel. *Los escritores argentinos en París*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, 2007.
- *Oriente al Sur. El orientalismo literario argentino de Esteban Echeverría a Roberto Arlt*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 2007.
- Jitrik, Noé. *Los viajeros*. Buenos Aires: Editorial Jorge Álvarez, 1969.
- Lanuz, José Luis. "Prólogo." Lucio V. Mansilla. *Entre Nos. Causeries de los jueves*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1964.
- Mansilla, Lucio V. *Entre Nos. Causeries de los jueves*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1964.
- "En las pirámides de Egipto." *Entre Nos. Causeries de los jueves*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1964. 12.
- Entre Nos. Causeries de los jueves*. Buenos Aires: El elefante blanco, 2000.
- "De Adén a Suez." *El Plata científico y literario*. T. IV. Enero, 1855. 85-96.
- Horror al vacío y otras charlas*. Buenos Aires: Biblos, 1995.
- "Recuerdos de Egipto." *La Revista de Buenos Aires*. T. III. 1864. 257-271 y 465-477.
- Moliner, María. *Diccionario de uso del español*. Madrid: Gredos, 1998.
- Popolizio, Enrique. *Vida de Lucio V. Mansilla*. Buenos Aires: Editorial Pomaire, 1985.
- Sarmiento, Domingo F. *Facundo, Civilización y barbarie* (1845). Buenos Aires: Bureau Editor, 1999.
- Viñas, David. *Literatura argentina y política I. De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista*. Buenos Aires: Santiago Arcos Editor, 2005.
- Vyse, Richard William Howard. *Operations carried on at the Pyramids of Ghizeh in 1837*. Londres: James Fraser, 1839-1842.

Apéndice**Itinerario mencionado en el diario de viajes**

- 1 Buenos Aires, Argentina
- 2 Tristan da Cunha, Santa Helena
- 3 Ciudad del Cabo, Sudáfrica
- 4 Saint Paul & Amsterdam
- 5 Calcuta, Bengala Oriental, India
- 6 Chandannagar, Bengala Occidental, India
- 7 Madrás, Tamil Nadu, India
- 8 Point de Galle
- 9 Malé, Maldivas
- 10 Socotra
- 11 Golfo de Adén
- 12 Bab-el-Mandeb
- 13 Moca, Yemen
- 14 Monte Sinaí, Egipto
- 15 Suez, Egipto
- 16 El Cairo, Egipto
- 17 Giza, Egipto
- 18 Heliópolis, Egipto
- 19 Shalva, Israel
- 20 Malta
- 21 Messina, Italia
- 22 Stromboli, Italia
- 23 Nápoles, Italia
- 24 Pompei, Italia
- 25 Ercolano, Italia
- 26 Terracina, Italia
- 27 Capua, Italia
- 28 Mola di Bari, Italia
- 29 Roma, Italia
- 30 Florencia, Italia

Mapa 1: Itinerario completo descrito en el diario de viajes



Mapa 2: Focalización del cruce del Mar Rojo y el Mediterráneo

